BLOC DE NOTAS

Tintes de memoria, perfumes de leyenda

La prosa poderosa y cargada de imágenes y personajes de **Miguel Bonnefoy** en «El sueño del jaguar» trasciende la simple anécdota biográfica

Luis M. Alonso

Memoria familiar y leyenda se funden en «El sueño del jaguar», la novela de **Miguel Bonnefoy** (París, 1986) recién publicada por Libros del Asteroide, la misma editorial que hace un par de años nos sorprendió gratamente con «El inventor», una fabulación sobre **Augustin Mouchot**, el genio postergado que alumbró la energía solar. Si en ella Bonnefoy, francés, hijo de chileno y venezolana, rendía culto a la gran novela del XIX, en esta el tributo deriva al realismo mágico caribeño; son esos retazos de «Cien años de soledad» desperdigados por sus páginas lo que hacen inevitable pensar en **Gabo** como genuino inspirador.

La historia arranca con el gesto bíblico de un bebé abandonado en las escaleras de una iglesia de Maracaibo. Una mendiga muda lo recoge y lo cría entre harapos y supersticiones. Ese niño, Antonio, se convierte en fumador compulsivo de cigarrillos, trabajador de los muelles y finalmente en cirujano, rector universitario y figura destacada de la sociedad venezolana. Junto a él aparece Ana María, médica pionera, símbolo de una Venezuela posible y también de una estirpe femenina que la literatura suele relegar a la sombra. La lectura de la novela avanza como un tapiz en el que se entrecruzan destinos, generaciones, revoluciones, derrotas y fugas. Hay en su trama, ya digo, altas resonancias de «Cien años de soledad», pero también ecos de la tradición picaresca, de las crónicas coloniales y del folletín. Sin embargo el autor consigue algo difícil, que es aportar densidad literaria a una historia que podría naufragar en la anécdota biográfica.

El sueño del jaguar
Miguel Bonnefoy
Traducción de Regina López Muñoz

Libros del Asteroide, 272 páginas, 20,95 €

Igual que sucedía en «El inventor». Lo logra por medio de un lenguaje sensual, donde la selva se convierte en un personaje más de la historia y los objetos parecen cargados de presagios. Así, el jaguar del título, animal totémico, representa tanto la fuerza salvaje de la naturaleza como esa violencia latente de la historia latinoamericana. El realismo mágico no resulta una etiqueta impostada. Tampoco abusa Bonnefoy de los prodigios gratuitos, su mirada acepta lo extraordinario como parte de lo cotidiano. La mendiga muda, la hija bautizada como Venezuela, el hijo narrador son figuras que podrían parecer alegóricas, pero están amparadas por una prosa precisa, de lirismo contenido, que impide el exceso barroco. El mérito consiste precisamente en equilibrar la fábula y la crónica, lo poético y lo histórico.

«El sueño del jaguar» aborda cuestiones de identidad, exilio y mestizaje. La familia Bonnefoy, como tantas en América Latina, es fruto de desplazamientos, de huidas y de encuentros fortuitos. La novela se inscribe en una tradición de relatos de emigración y desarraigo, pero con la particularidad de estar escrita en Francia y en francés, y luego muy bien traducida al español. Esa especie de distancia lingüística dota al libro de una extraordinaria mirada doble, como si el narrador pudiera observar América desde dentro y desde fuera al mismo tiempo.

Miguel Bonnefoy. | Libros del Asteroide

El hecho de recibir tantos premios prestigiosos y elogios en su país de origen, donde tanta narrativa ha permanecido a la sombra del *boom*, dice mucho de la capacidad de la literatura para tender puentes y de la vigencia del mito latinoamericano en la imaginación europea. Aún así sería injusto reducir la novela de Bonnefoy a un mero exotismo bien empaquetado para el mercado francés. «El sueño del jaguar» es una novela poderosa, cargada de imágenes y personajes que trascienden la anécdota; su autor consigue narrar la historia como es debido sin dejar por ello de inventar la leyenda. No simplemente inventándola hasta el paroxismo, algo en lo que ha cojeado con frecuencia el llamado realismo mágico. Pese al buen recuerdo de «El inventor», confieso haber empezado a leerla sin la convicción de poder acabarla. Sin embargo no me costó hacerlo, igual que en su día terminé otras lecturas ambiciosas porque cuentan la historia de un país a través de las vidas que se ven arrastradas por la marea de la historia. Digamos que no se pierde el tiempo leyendo esta novela de Miguel Bonnefoy, una de las voces con espacio propio y talento indiscutible de la narrativa actual.

TINTA FRESCA

Libro de duelo y convalecencia

Jordi Doce cose en «La insistencia» un cuaderno de notas que hilvana además un hilo de supervivencia